

Cerró de golpe el libro, pero no consiguió que la idea se desprendiera de su mente con la misma rapidez, «... habrá muchos crímenes en el mundo y usted los aceptará». Los aceptaré, los he aceptado, los acepto. Las palabras devolvían a la memoria el resplandor de la infancia. Con el tiempo, el pasado se había convertido en un amasijo de telarañas, de pasillos, corredores y patios; rostros deformados que sólo conseguían organizarse cuando perdía el control y se sumergía en el sueño; entonces, y sólo entonces, aquellas huestes invadían la llanura de su cerebro y la acosaban en acuciantes pesadillas. Ahora, esa tarde, por primera vez el pasado reía a carcajadas al sentirse descubierto, nombrado, bautizado desde las páginas de aquel libro, que alguien innombrable que habitaba en su cabeza le había inducido a tomar de esa librería donde des-

cansaban los cuentos de su infancia; ahí estaba, impasible y sereno, libre al fin de la presión de su mente, como un niño que se agita y despereza al evadirse del útero materno. Veinte años llevaba sorteando aquel agujero negro, pasando de puntillas por sus bordes pestilentes, agazapada, a hurtadillas, con la mandíbula dolorida de apretar los dientes, descalza para no hacer ruido, y ahora, de repente, un libro, el azar de una tarde tediosa que conduce la mano sin sentido, que impulsa el cuerpo, las horas que nunca se acaban, la bruma de los recuerdos que amenaza continuamente con irrumpir, y ahí estaba aquella novela que ella ni recordaba, de título tan extraño como sugerente, *Los conjurados*, como si alguien deliberadamente hubiera conducido sus pasos hacia ese libro, que mágicamente se había abierto en aquella página, en aquella frase, «habrá muchos crímenes en el mundo y usted los aceptará», que martilleaba su cerebro como campanas en pleno arrebató.

El maldito libro, la maldita novela del maldito novelista, había conseguido su objetivo, sacudir la indiferencia del lector, había logrado sacarla de ese desierto por el que deambulaba ajena a todo, a ese sufrimiento íntimo, suyo.

\*\*\*

Cada día lee atentamente dos periódicos, a la tarde escucha los informativos y al llegar la noche, obligado

ritual, charla con el marido y juntos, interesados y aburridos repasan lo acaecido en el mundo. La indolencia del alma acompaña como una letanía sorda las frases de condena o de escándalo, o las que simplemente intentan un análisis objetivo de la realidad. Los muertos cumplen su triste destino: alimentan la maquinaria de la hipocresía, la argamasa necesaria para sobrellevar el fingimiento ante el dolor ajeno. Y ahora, de repente, aquel libro, aquella frase atronadora, que seguramente había sembrado la indiferencia en tantos que la habrían leído, se había alojado en el sobaco de su alma, y por primera vez, desde hacía tanto tiempo, experimentaba la angustia, el remordimiento, el peso de la culpa por un viejo sufrimiento que sólo ella conocía.

Ha cumplido los treinta y dos. ¿Qué significa acumular en una vida treinta y dos paletadas de existencia? Los hijos no han llegado. Ni llegarán. El matrimonio sigue ahí, impertérrito, inmune a todo. El marido aguanta la estructura porque pertenece por naturaleza y convicción al ejército de los que deambulan por la llanura de la santa indiferencia. Un hombre, eso tan necesario, que dicen las abuelas. Un hombre como había sido su padre. Otro ser bajo otro cuerpo. Diferente. Un marido que aseguraba la existencia. La casa, el coche, la cuenta corriente y, sobre todo, esa bendición que significa no tener que ir a trabajar, que enfrentarse cotidianamente a un rebaño de seres anhelantes; encerrarse en una oficina

tediosa, sonreír, aparentar que la felicidad existe, que hay vida detrás del cuerpo; consumir el día escuchando sandeces para luego obtener un salario con el que completar el mantenimiento de una existencia insulsa. En evitar este vía crucis radicaba la utilidad de un marido. El suyo. No necesitaba más de él. Y él tampoco parecía querer ni desear nada de ella. La unión perfecta, sin exigencias ni reproches. Ni siquiera los hijos. ¿Por qué no hablaban de ello? Tiempo de silencio, de silencios. Un marido, un hombre, un nombre, Joaquín. Probablemente algún día él plantearía la posibilidad de acudir a un médico, o quizás, por qué no, adoptar un niño, comenzaba a estar de moda; quién sabe qué podría ocurrírsele. Ella tenía las respuestas. Ya he estado en el ginecólogo, estoy bien, dice que es normal, que no nos inquietemos, ya vendrá, hay que tener paciencia y no ponerse nerviosos; además aún somos jóvenes, no es como antes. Y si surgiera la posibilidad de la adopción: que no, que prefería hijos propios, que ella, ya lo sabía él, era débil y no sería capaz de enfrentarse a los problemas que conlleva un ser que viene de otro mundo, de otra madre, de otra naturaleza. Los hijos propios, de ambos. Joaquín era paciente, lo aceptaría. No podía sospechar que jamás tendrían hijos. Antes de casarse había acudido al ginecólogo y le había propuesto la esterilización, una ligadura de trompas irreversible, y así había sucedido, rápido y sin contratiempos; ni siquiera un comentario por parte del

médico que alimentara su duda. Nada. Un alivio, por otro lado, pero lo echó a faltar, su mente lo registró como un dato más del mundo despiadado que rodeaba su existencia, tiempo de miserias.

\*\*\*

Amontonó las camisas del marido. Tomó la primera, estiró el cuello, introdujo el brazo en cada una de las mangas para estirar las arrugas y finalmente, con una energía innecesaria para el peso de la prenda, la tomó por los hombros y la sacudió violentamente en el aire. Como hacía papá, primero con suavidad y luego enérgicamente: zarandearla por los hombros como si estuviera hueca, vacía, y fuese una abeja aturdida por la fragancia que liba, como si por ser pequeña y frágil no percibiera el aire que se agita alrededor. Luego, la dobló. La torre de ropa comenzó a existir. No necesitaba una asistente, ¿para qué?

—Para que descanses, cariño —decía el marido.

De qué estaba cansada, quizás de él y de ella, eso sí.

—Para que disfrutes y salgas con tus amigas...

Como si las tuviera. Desde que Carmen desapareció de su vida, ninguna otra había ocupado su lugar, sin hablar se habían entendido. Tenía un cuerpo grande, deslavazado, generoso como la sonrisa que la inundaba al salir de clase, cuando al presentir su aturdi-

miento la tomaba de la mano y la rescataba del enjambre atronador de las compañeras.

Labiana, López, Manso...

Aún se sabía de memoria el orden de apellidos de la clase: Ángel, Argüelles... Labiana, López, Manso.

El estribillo que cantaba la monja cada mañana al pasar lista con su consiguiente, «Viva Jesús», que cada niña exclamaba automáticamente al escuchar su nombre. Mientras planchaba, intentaba recordar el rostro de cada una de las treinta niñas de su clase. Le costaba individualizarlas. Caritas infantiles, no tan inocentes, aún soñadoras, flotaban dentro de uniformes tableados azules con cuello de plástico blanco. Diminutas palomas negras que saltaban, reían y, temerosas, revoloteaban en torno al gran cuervo.